

Concurso de relatos del 22 de diciembre de 2023

Primer premio de la 2ª categoría: Julia Hernández García.

1º BACHILLERATO C

La ciudad ardía de emoción por la llegada de la Navidad. Mientras el ambiente festivo empezaba a hacerse notar en cada esquina, yo me encontraba en el altar junto a mi nueva esposa. El día 10 de diciembre de 1889 todo cambió para mí.

A pesar de mi avanzada edad todavía soy capaz de recordar con total nitidez el momento en el que salía de la Iglesia de la mano de Irene. Sus jóvenes facciones estaban encogidas en un gesto de dolor y sus ojos estaban bañados en lágrimas. Mientras nuestros familiares tiraban granos de arroz y pétalos de rosa hacia nosotros, Irene se esforzaba por ocultar su compungido rostro detrás del hermoso velo blanco que le había regalado su madre. Todo a su alrededor era alegre y festivo, todos los presentes, incluido yo, por supuesto, reían de emoción y entonaban un “¡que vivan los novios!”, mientras que la bella Irene, de quince años, tenía que soportar la idea cada vez más clara de que a partir de ese momento se vería privada de todas sus libertades para cuidar a un hombre que le doblaba la edad. Para mí era el inicio de una nueva vida. Para ella era el final de la suya.

Las alegres damas de honor ayudaron a la novia a subirse al coche de caballos. Después de un corto trayecto llegamos a la enorme finca que ha pertenecido a mi familia durante generaciones para dar paso a los festejos, los bailes y el alcohol. Cuando todos los invitados hubieron llegado, nos reunimos en el enorme salón para la entrega de regalos de todos. Irene estaba pálida, pero había dejado de llorar. El primer regalo fue entregado por mi primo Juan. Detrás del carísimo papel del envoltorio había un precioso trajecito para bebés, pero algo en él me estremeció. La blanca seda de la prenda presentaba unas manchas rojizas. No tardé en darme cuenta de que era sangre. Algo perturbado, estreché la mano de mi primo y le di las gracias. El siguiente regalo era de la tía Concha. El papel del envoltorio era de peor calidad y parecía envuelto con prisa. Lo abrí y me estremecí. Era una muñeca de porcelana de aspecto macabro que tenía un agujero en el centro del pecho. Del interior del agujero salieron arañas y moscas. Me asomé para descubrir su interior, en el que pude advertir trozos de fotos y rosas marchitas. Los trozos de fotos parecían mostrar a una niña de cinco años. Uno de los pedazos mostraba la cara de la chiquilla. Era Irene, inconfundible a pesar del paso de los años. Antes de poder dirigirme a Concha, un último regalo fue depositado sobre mis manos. No venía envuelto. Era un afilado cuchillo que parecía fabricado por el mismo diablo. En ese instante me desmayé. Al despertar todos los invitados se habían ido, la música y las risas habían dejado de sonar y el terrible salón parecía haber sufrido el paso de veinte años. Miré a mi derecha y vi a mi joven esposa en el suelo, rodeada de sangre y con una navaja clavada en el centro del pecho. A pesar de todo, sonreía. Salí corriendo del salón hacia la negra noche, enloquecido y lamentando haber cometido ese error fatal. Aquella niña yacía muerta, no sin antes haber sido casada a la fuerza y despojada de su juventud. Desde aquella fatídica noche no soy capaz de dormir.